

No te conformes sólo con los cuerpos, conoce y ama sus almas

Gilberto Urrutia

*“El cuerpo humano no es más que apariencia, y esconde nuestra realidad. La realidad es el alma.”* Victor Hugo (escritor francés, 1802-1885)

Sabemos muy bien que los pueblos en cada época o tiempos de la historia, han tenido sus propias convenciones, creencias, conocimientos, costumbres, normas, usos, modas, hábitos, leyes, etc.; tal como nosotros las tenemos en éste tiempo moderno en que vivimos.

El concepto dualista del ser humano que mantuvo y defendió durante miles de años la Iglesia católica, de que la naturaleza humana está compuesta de dos sustancias diferentes: el alma y el cuerpo; ha dejado de ser una creencia y una convención para las autoridades de las iglesias cristianas occidentales (católica y protestante).

Éste cambio insólito, fue recibido con satisfacción hace 50 años por muchos feligreses y muchos sacerdotes reformistas, como un signo positivo hacia la modernización de la iglesia como institución, porque creyeron que con ese viraje y muchas otras reformas más, las iglesias se estaban adaptando a los nuevos tiempos modernos y estaban dejando atrás sus conceptos y doctrinas medievales, que según ellos, eran demasiado anticuados y no concordaban con el nuevo estilo de vida moderno.

Ese cambio radical sobre el concepto del ser humano, fue prácticamente impuesto en primer lugar, por una presión externa proveniente de movimientos sociales y políticos emancipadores de la sociedad, y en segundo lugar, por corrientes reformadoras dentro de la misma iglesia, conformadas por obispos y cardenales progresistas, quienes estaban convencidos de que la iglesia tenía efectivamente que adaptarse a la nueva sociedad y a sus nuevos valores.

Desconcertante actitud ésta la de las autoridades de la iglesia, a pesar de que ellos sabían mejor que nadie, de la legitimación teocrática del poder establecida por Dios en el orden universal, porque si hay algo que la Iglesia y su doctrina no deben hacer, es adaptarse a las exigencias insensatas y cambiantes de la sociedad. El ser humano es quien tiene que obedecer a Dios y sus mandamientos, y no al revés. Dios como creador del Universo, sabe muy bien lo que le conviene a su amada criatura.

En el caso de la iglesia católica fue en el Concilio Vaticano II (1963-1965), cuando la jerarquía de la iglesia decidió dejar de enseñar el milenarismo concepto dualista del ser humano, que consideraba al hombre como la fusión divina de un alma y un cuerpo, y al alma, como la imagen de Dios en la persona.

A partir de ese momento la iglesia empezó a apoyar la tesis de que el hombre es su cuerpo, y no un alma que habita en un cuerpo físico.

En mi opinión ese ha sido el error más grave y lamentable cometido por las autoridades de la Iglesia católica en ese concilio, cuyas consecuencias han sido catastróficas para la misma institución, pero sobre todo para la fe de las congregaciones a nivel mundial. Esa nueva tesis es la raíz principal de la enorme crisis de fe y de espiritualidad por la que está atravesando la iglesia desde hace décadas, la cual ha contribuido grandemente como causa interna, al distanciamiento de los creyentes católicos de sus parroquias tradicionales y a su éxodo masivo hacia las iglesias evangélicas.

En el Concilio Vaticano II, los obispos y cardenales que en aquellos años se habían dejado arrastrar por el secularismo y el racionalismo imperante en la sociedad, finalmente después de 3 años de duras y polémicas discusiones, lograron vencer pero no convencer.

A mí y a millones de creyentes católicos, no nos convencieron.

El único que es infalible es Dios y su Santa Palabra plasmada en la Biblia. Los papas católicos y la jerarquía de la Iglesia se han equivocado por ser cargos ejercidos por seres humanos imperfectos, y por lo tanto, muy capaces de fallar y equivocarse. Y en ese Concilio se equivocaron una vez más, porque el error es humano.

100 años antes, ya se percibía claramente en la sociedad de la época, la influencia que había tenido el movimiento de secularización en Europa sobre los feligreses protestantes en relación a las creencias cristianas tradicionales.

El teólogo protestante y filósofo danés Soren Kierkegaard (1813-1855), escribió el siguiente comentario, refiriéndose al proceso de secularización que se dio en la sociedad danesa del siglo XIX, con el cual se empezaron a poner en duda las creencias cristianas ancestrales en el continente europeo:

*“La vida eterna se ha convertido en una broma, no sólo ha pasado a ser una dudosa necesidad, sino que tampoco nadie espera más eso.*

*Tan es así, que incluso les hace gracia pensar, que hubo un tiempo en que esta idea podía cambiar completamente la vida de alguien.”*

A partir de los años sesenta, se inició igualmente entre los feligreses católicos e incluso entre muchos sacerdotes el mismo fenómeno de poner en duda los dogmas y las creencias tradicionales. Tanto es así, que ni siquiera en los sermones dominicales se predica de manera insistente sobre la Vida Eterna, del Espíritu Santo y del Reino de los Cielos. En consecuencia, la espiritualidad del ser humano como realidad en la sociedad, fue lentamente perdiendo la importancia y la prioridad que tuvo para las generaciones anteriores de creyentes, hasta tal grado, que hoy en día la dimensión espiritual y sus aplicaciones en la vida diaria, no se mencionan por el temor de que lo confundan con espiritismo o con el ocultismo de la Nueva Era.

Pero como no se puede tapar el sol con un dedo, ni tampoco ensuciar con fango un rayo de luz, ese entuerto reformista no prevalecerá por mucho tiempo, porque tendremos siempre a disposición la verdad divina, transformadora y eterna en la Biblia, que nos instruye y nos alimenta espiritualmente, por lo tanto, es en la Santa Palabra a la que nos tenemos que aferrar y en la que debemos de confiar plenamente, y no en los Concilios y cartas papales, porque no son más que opúsculos de los hombres.

Durante cientos de siglos en las regiones cristianas del mundo la dualidad constitutiva del ser humano como cuerpo y alma, fue una concepción tan arraigada y generalizada entre los pueblos, que al referirse a la persona se le decía “alma”. El término alma era equivalente a la persona o la vida de la persona. En el lenguaje común de la gente, la expresión “mi alma” se usaba en vez del pronombre *yo* y “tu alma” en vez del *tú*.

En el idioma castellano quedan todavía como huellas de esa época, muchas expresiones de uso coloquial en las conversaciones, como por ejemplo:

- *Élla es mi alma gemela.*
- *¿Que gracia tienes, mi alma?*
- *Te quiero con toda el alma.*
- *¡Dios mío de mi alma!*
- *Ese señor es un alma de Dios!*
- *Déjame el alma quieta, no me digas nada!*

Hace apenas 200 años en la época de la colonia en el continente americano, el censo de los habitantes de las poblaciones de las nuevas aldeas, ciudades y países se expresaban en *almas*.

En la famosa carta de Jamaica que escribió el Libertador Simón Bolívar en 1815, dice en una parte del texto:

*«Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar? »*

Como dato curioso y además muy significativo, me acabo de enterar de que en el idioma ruso todavía hasta el día de hoy, cuando se hacen mediciones de la población en Rusia, las cantidades de habitantes se expresan en *almas*, porque en la mente de los hablantes del ruso se ha grabado desde la antigüedad, la necesidad de identificar la persona con el alma más que con el cuerpo, hace siglos ya en la época medieval, cuando la riqueza se medía por cantidad de la servidumbre y ésta se describía con la palabra *alma*: “*Tengo en mi posesión una servidumbre de 32 almas*”

Por su parte, el gran filósofo francés René Descartes en su célebre discurso del Método, afirmó en el año 1630:

*« De manera que este yo, es decir el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta es más fácil de conocer que él, y aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es ».*

Este testimonio personal de Descartes “*de manera que este yo, es decir el alma por la cual soy lo que soy*”, es una experiencia universal de todo ser humano, porque así lo vivimos y lo sentimos nosotros mismos en carne propia. Todos sentimos y escuchamos dentro de nuestro cuerpo o máscara de carne, la voz de nuestra conciencia, de nuestra alma.

Quino (Joaquín Lavado Tejón) el creador y dibujante de las famosas tiras cómicas de Mafalda, expresa esa realidad en su estilo característico de humor:

*«¿Vos no sentís a veces como si adentro tuyo tuvieras un inquilino que te dice cosas?»*

En mis relaciones personales, cuando conozco a alguna persona con la quien siento armonía y entendimiento, y que además haya despertado en mi un cariño o una inclinación cierta, siempre procuro conocerla a fondo, hablando en lo posible de temas concretos e importantes y tratando de conocer su opinión personal al respecto. Desde mis tiempos de juventud siempre me he interesado más por los problemas y dificultades personales, que por asuntos superfluos de la vida diaria de la gente.

Mi clara intención es la de conocer en lo posible, al alma que está dentro de la máscara de carne y que las apariencias esconden, eso sí, con la ayuda permanente de nuestro instinto espiritual que no falla: la intuición.

Si uno se propone de corazón y sinceramente, conocer a fondo a alguien que le simpatiza, es una tarea fácil y sobre todo muy gratificante para ambos, ya que es una muestra de afecto y de empatía mutua, por la sencilla razón de que son las almas las que crean los lazos invisibles de amor y de amistad que nos unen.

El cuerpo con sus acciones, lo que hace es manifestar corporalmente esos lazos.

El conocer bien y primeramente el alma de las personas, es una estrategia que recomiendo de corazón a todos, y de manera especial a mis hijos queridos.

He encontrado en el texto de una canción del compositor cubano Rodolfo Vaillant, un consejo excelente sobre ésta temática del conocimiento a fondo, y que el señor Vaillant lo formula claramente en el siguiente estribillo:

*“Puede ser muy linda, linda por afuera.*

*Pero tú no sabes si por dentro, tiene muy negro el corazón.*

*Es por eso que te digo, no tengas en cuenta nunca en una mujer su belleza exterior, analízala por dentro, ten en cuenta sus sentimientos y además si le gusta el amor.”*

Según mi propia experiencia en las relaciones personales, puedo afirmar con propiedad que esa estrategia me ha ayudado enormemente a evitar muchas desilusiones o desencantos con mis amistades.

En el aspecto de la fe y de las creencias religiosas, servirse del concepto tradicional dualista de que el hombre y la mujer son seres creados por Dios con una naturaleza compuesta de cuerpo y alma, es todavía mucho más importante, pues sólo así, seremos capaces de comprender mejor el Evangelio de Jesús, el sentido de la vida y nuestro paso como peregrinos por este mundo cruel.

La preeminencia del alma sobre el cuerpo, no es solamente la piedra angular del Evangelio de Jesucristo, de sus 12 discípulos y de los apóstoles en la Biblia, si no también de los grandes padres de la iglesia cristiana desde los inicios hace miles de años como: Atanasio de Alejandría, Jerónimo de Estridón, Basilio el Grande, Juan Crisóstomo y Agustín de Hipona.

Así como inicié esta reflexión con una sentencia de Victor Hugo, la concluyo también con otra frase muy instructiva de ése gran pensador y escritor de la literatura universal:

*“Desgraciado quien no haya amado más que cuerpos, formas y apariencias.*

*La muerte le arrebatará todo. Procurad amar las almas y un día las volveréis a encontrar.”*